

# El mentidero de la Villa de Madrid



*Mentidero de las Gradassan Felipe el Real*

Nº 747 Martes 2 de Mayo de 2023

## Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **¡Toma ya!**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Descansar en paz**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Sí, somos tontos**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **«¡Mecachis que guapo soy!»**, *Ricardo Martínez Cañas*
- ✚ **Precioso pase de modelos**, *Alfonso Ussía*
- ✚ **Lo que necesitamos es amor**, *ForumLibertas*
- ✚ **España y sus élites empresariales**, *Jesús Cacho*

## ¡Toma ya!

**Emilio Álvarez Frías**

**¡C**asi nada! Este chico es «mu espabilao». No pierde una. No sé si me leería el otro día cuando comentaba que con echar una mirada a la obra realizada por Franco durante la época oprobiosa en la que lo habíamos pasado tan mal los que vivimos aquellos tiempos, sobre todo trabajando como burros para dejarles una España donde había de todo y ellos no tuvieran que hacer un esfuerzo para disfrutarlo, le daría alguna idea para hacer la lista de lo que podía brindar a los españoles. Lo digo porque enseguida



empezó a prometer casas por toda España para que pudieran disfrutarlas hasta los okupas, sin pagar un céntimo, con derecho a masacrarlas y dejarlas echas una porquería cuando se fueran; y como le parecían pocas las ofrecidas el primer día, luego fue aportando más pasta para construir muchas más viviendas de las que se pueden edificarse en España durante el tiempo que le queda de estancia en el Gobierno, además de por el dinero necesario, por falta de trabajadores que las levantarán. Y como todo el mundo le dijo que en esta España suya había parados hasta el agobio, pero no mano de obra preparada para construir todas las viviendas prometidas, echa mano de otros 1.300 millones para «reforzar aún más la Formación Profesional», aumentando «en 45.000 las aulas de FP bilingüe –nada menos–, para que haya 824 centros

más de capacidad digital y 1.500 aulas de tecnología y emprendimiento para que nuestros chavales salgan con todas las cualificaciones para poder ser empleados y crear una empresa». Este Pedro no se arruga, y cuando hay que tirar «pa lante» no se corta un pelo. Se pone el peculio que sea, ¡a él le van a venir con roñoserías! Aunque en el ansia de decirnos todo lo que va a hacer, no nos dice si los 824 centros más de capacidad digital y las 1.500 aulas de tecnología y emprendimiento eran a sumar a las 45.000 o estaban comprendidas en la primera cifra. Aunque casi da igual, pues, por lo dicho, él, como hemos apuntado ya, no se corta por nada, y si hace falta pone un Falcon para que vayan de aquí para allá los currantes bilingües a buscar un peine; se pone, que anden cómodamente. Aunque a mí me parece que va a construir unas aulas poco dotadas con ese dinero que saca de la faltriquera del Estado, que, temeroso yo, no sé dónde lo encontrará conociendo la deuda pública que, según el Banco de España, tenemos.



De aquí al día 28 todavía le queda tiempo para gastar dinero para la mejora de los españoles. Por ejemplo, construir más pantanos para que en el futuro no tengamos estos problemas que ahora surgen por culpa de Franco que debió hacer más y no pararse; o hacer un vergel en las Bardenas Reales para plantar espárragos y melocotoneros y un auditorio en los Monegros, con pista de aterrizaje, para que venga a cantar Brice Springsteen y pueda llevar a Begoña a los conciertos; y si le sobra un poco de calderilla, no es difícil se le ocurra hacer una pequeña ciudad en mitad del Sahara para Mohamed con el fin de que le sea posible invitar a las parisinas a pasar una temporada lejos del follón de París.

A este chico no hay quien lo pare. A algunos nos parece que no sabe lo que dice ni lo que hace salvo cuando barre hacia su casa. Y, como no tiene pudor, ya que desconoce lo que es, él promete y ofrece lo que sea menester en el convencimiento de que nunca se hará ni llegarán los dineros que promete. Y lo que es más milagroso ¡tiene gente que le sigue y le aplaude! En unos casos se comprende, pues los palmeros obtienen buenos beneficios gracias al jefe, pero a los tontos de la calle no les llega nada, están ciegos, no se enteran, es incomprensible. ¡Pobre gente!

---

## Descansar en paz

Manuel Parra Celaya

**D**e nuevo, la prensa, la televisión y las redes sociales no han perdido ocasión para sacar a la actualidad el nombre de José Antonio Primo de Rivera, esta vez con motivo del sexto traslado de sus restos mortales; digamos entre paréntesis que los errores de bulto han vuelto a ilustrar la escasa atención de algunos periodistas hacia los manuales de historia, como ha sido el caso de calificarlo de «dictador»(1). En todo caso, como se puede comprobar, nunca ha dejado de estar de actualidad.

He dicho el sexto traslado, si no me equivoco en la cuenta: de la fosa común a un nicho en el mismo cementerio de Alicante; de este nicho, a otro, cuyo importe dicen que fue sufragado por Elizabeth Adsquith, la princesa Bibiesco, amiga suya y, a la vez, de Manuel Azaña, que también dicen que intentó impedir el asesinato, a pesar de que «*también era un prisionero del Frente Popular*»; de este segundo nicho alicantino a El Escorial, en cortejo multitudinario a pie; de allí, al Valle de los Caídos, en 1959, también acompañado a pie por miles de falangistas que no acataron el interdicto del Almirante Carrero. Ahora, la necrofilia sectaria ha vuelto a desenterrarlo.

Finalmente –¿podemos asegurar este *finalmente*?– reposa en la Sacramental madrileña de San Isidro, junto a sus hermanos y algunos parientes. Esta vez



ha sido por decisión de la familia, que no ha querido ofrecer en modo alguno un *circo* orquestado por el gobierno de Sánchez, casualmente en vísperas de elecciones; ya manifesté en su día que, como español de a pie y *joseantoniano del siglo XXI*, me parecía muy bien esta decisión familiar, en la seguridad de que, ahora, cualquier ciudadano podrá ir a recordarlo en sus oraciones y depositar las

cinco rosas en su tumba sin que ningún agente de seguridad intervenga para disuadirlo, aunque esto no es precisamente lo que se ha visto en las imágenes de la televisión –cedidas por La Moncloa– en el momento del traslado.

He titulado este artículo, acaso de forma ambigua, *descansar en paz*; me refería, claro está, a su cuerpo mortal, porque quiero entender que su alma ya reposa junto a Dios, a la espera –según dice nuestra Fe Católica– que se unirá, sin la huella de los trallazos de su fusilamiento, a su cuerpo glorioso el día de la Resurrección. Creo que, hasta ahora, ninguna de las Jerarquías de la Iglesia –que siguen permaneciendo mudas ante la profanación de sepulturas en España– ha puesto en tela de juicio este punto de nuestro Credo...

No hace falta que, una vez más, comente las constantes injusticias que se han venido cometiendo con José Antonio tras aquel simulacro de juicio y la muerte: hacer caso omiso de sus propuestas para conseguir una España mejor y de todos, de utilizarlo para otros intereses, de tergiversar su mensaje, de elevarlo a la condición de mito inane para la historia y de convertirse, en este momento, en baza electoral ante las urnas, al socaire de la aberrante *memoria democrática*. Como se puede ver, nunca se ha librado de sufrir «*la saña de un lado y la antipatía del otro*». En realidad, como no nos cansábamos de repetir desde aquella *Plataforma 2003* –creada para conmemorar el centenario de su nacimiento– José Antonio pertenece a todos los españoles, de la misma manera que debiera pertenecer a todos, sin excepción, la propia España, en almoneda constante para unos y para otros, y, para mayor desgracia, otra vez como *eterno borrador inseguro*.

¿Es que es tan difícil asegurar, como quería José Antonio, la convivencia en unidad, paz, justicia y libertad, teniendo una «*democracia de contenido*» que supere con creces la «*democracia de forma*» que se ha venido ensayando a lo largo de nuestra historia reciente?

Como españolito que echó los dientes en la etapa del *desarrollismo* y, por tanto, no conoció ni la guerra civil ni sus prolegómenos, me siguen produciendo muchos momentos de reflexión determinadas *intuiciones de larga onda histórica* de José Antonio y, particularmente de emoción profunda, dos momentos de su vida: el primero, el que precedió a sus últimos momentos y le hizo redactar aquella pieza tremenda, sobrecogedora y ejemplar de su Testamento, sobre todo, en punto a su Fe sin titubeos y aquella frase de «*nunca es alegre morir a mi edad*». El segundo, cuando, en el curso de una cacería, se enteró del asesinato de Matías Montero, el 9 de febrero de 1934, y que le hizo exclamar: «*¡Este ha sido el último acto frívolo de mi vida!*».



En el entierro de este joven estudiante de Medicina, pronunció aquella frase que ahora recordamos: «*¡Hermano y camarada Matías Montero! Gracias por tu ejemplo. ¡Que Dios te dé tu eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte!*».

José Antonio fue consecuente hasta el final, tanto en dejar de lado cualquier *acto frívolo* como en el hecho de ofrecer su vida para una España distinta y mejor, donde *fuera la suya la última sangre española que se vertiera en discordias civiles*. Ahora está en nuestras manos –las de todos los españoles sin distinción de opiniones e ideas políticas– que ni su muerte ni la de cualquiera de quienes le acompañaban bajo la Cruz del Valle, tanto de una como de otra trinchera de aquella desdichada contienda, resulte estéril para afirmar una sociedad española del futuro, esa que queremos legar a nuestros hijos y nietos.

---

## Sí, somos tontos

Nos merecemos los desastres por recibirlos sin rechistar. Quedan las urnas

Juan Van-Halen (*El Debate*)

**M**uchas veces al hablar de decisiones o proclamas del Gobierno alguien se pregunta: «¿Creerán que somos tontos?» Cuando las mentiras son tan gruesas, las promesas reiteradas tan incumplidas y las desfachateces tan evidentes, sólo son entendibles bajo la suposición de que piensan que se dirigen a tontos. Hay un pensamiento del llorado Javier Marías que me interesó siempre: «Lo más fácil del mundo es destruir y hacer daño; para ello no se precisan sagacidad ni agudeza ni menos aún inteligencia, un tonto siempre puede hacer trizas a un listo». Un tonto con poder se cree sabio,

como les ocurre a muchos tontos, y tiene en sus manos hacer trizas a quien quiera aunque se exponga a que un día se le pidan cuentas.

Los tontos gubernamentales gozan de preeminencia, alta paga, coche oficial –y hasta avión, según lo empingorotado de su cargo–, equipo y asesores. ¿Qué más puede pedir un tonto que nunca soñó en algo parecido? Un sabio ejerce la sabiduría y una persona normal vive su vida con discreción, pero un tonto crecido por la soberbia mira a su alrededor desde un pedestal como si fuese la estatua de Espartero. Ese tonto que se cree sabio desprecia a los demás, con su ego aderezado por las ruidosas salvas de los palmeros, que nunca faltan cerca del poder.

Un tonto con poder –puede ser listillo para él pero no inteligente–, carente de



aplausos, es como un niño sin juguetes en Reyes: los echa de menos. Y si el protagonista es egocéntrico patológico tratará de paliar esa ausencia engañándose a sí mismo. Y peor se sentirá si en lugar de palmeros le rodea gente vociferante. Entonces los aduladores le montarán escenarios amables y sin público para que el jefe esté contento. ¿Cómo el líder de la gente puede consentir que la gente, que es de su exclusiva propiedad, no le jalee? Es capaz de todo para evitar tamaña afrenta. Hasta es capaz de dar plantón al Rey en la entrega del Premio Cervantes, con evidente indelicadeza. Aunque las faltas al protocolo no son nuevas. Ya intentó recibir junto al Rey a los invitados, no suyos sino del convocante, en el Palacio Real, o se atrevió a saludar antes que el Rey a las autoridades autonómicas en la inauguración de un trayecto del AVE o, la última,

hacer esperar al Rey cincuenta minutos ampliando su encuentro con un controvertido visitante extranjero.

No es sólo que nos mientan manipulando las cifras económicas, ese «todo va bien» que a los que padecen la realidad les da todo menos risa, es que ahora se han inventado algo así como los propietarios fijos discontinuos para los okupas como un día se inventaron para los parados lo de trabajadores fijos discontinuos. Mero maquillaje. La nueva ley de Vivienda que, en otra tontería, Sánchez proclama como la primera ley de Vivienda no siendo cierto, es un atentado contra la propiedad privada; por ello, otra lesión a la acosada Constitución. Y una fuente de conflictos. La han ideado ERC y Bildu ante la satisfacción de Sánchez. Cuando salte en pedazos y sea una nueva ley del sí es sí, Sánchez dirá que no fue cosa suya y pedirá al PP que le ayude a enmendarla. Eso sí, tapándose cobardemente la nariz.

Hay un rastro del menester de los tontos con ejemplos recientes. Sánchez en su último debate empleó «peripatético» como insulto –¿no le suena Aristóteles?– sin saber lo que significa; un ministro de esos que no han hecho nada pero cobran se felicitó de que el dictador Primo de Rivera hubiese sido exhumado, confundiendo a José Antonio –que no tuvo ocasión de ejercer dictadura

alguna— con su padre; otro ministro zascandil acudió a Guernica como «representante del Gobierno de la República» olvidando que tomó posesión ante el Rey de una Monarquía parlamentaria, y a este ministro no le esperan en Cabra, destruida por aviones soviéticos el 7 de noviembre de 1938; una gentil política con vara alta en la radiotelevisión pública, confundió al personaje Don Juan Tenorio con su autor José Zorrilla. Y así.

Siempre pasa nada. El buen pueblo español se lo traga todo. Sí, también somos tontos. Nos merecemos los desastres por recibirlos sin rechistar. Quedan las urnas.

---

## «¡Mecachis, qué guapo soy!»

**Ricardo Martínez Cañas**

Doctor en Geografía e Historia y ex profesor de la Universidad Complutense de Madrid

**A**l escuchar y ver, por televisión, los discursos parlamentarios de Pedro Sánchez tiene uno la sensación de que se recrea, con ilimitado tiempo, como presidente del Gobierno, y de que no necesita abuela para que las supuestas *virtudes* y realizaciones de que presume queden suficientemente, y aun sobradamente, expuestas y loadas. Su actitud nos trae a la memoria aquella exposición del propio *curriculum* en la que, en preceptivo ejercicio, cada opositor a ciertos puestos procuraba engrandecer sus propios merecimientos, resultando que, por el modo de hacerlo (y remedando el título de una comedia de Carlos Arniches), aquel ejercicio era llamado por muchos el *mecachis qué guapo soy*.

Es cierto que en el parlamento hay algunos que le dicen, y hasta demuestran, que no es tan *guapo* como dice, pero esto, que para un hipotético *opositor* solía ser fatal, puede no serlo tanto para el Presidente, que, en este caso, dispone de la gran mayoría de los medios de comunicación. Cada vez que en las Cortes se produce un debate, el Presidente aprovecha para lucir con largueza



sus pretendidas *guapezas* o realizaciones, aunque no vengan a cuento, como en su moción de censura le reprochó el señor Tamames. Y esas *guapezas*, debidamente seleccionadas y sin demasiada atención a lo que desde la oposición se le dijo en contra, son ventajosa e incansablemente expuestas por los Medios al público, entre el que algunos,

empapados hasta los huesos en ellas, acaban creyéndolas ciertas.

Esa sobreexposición propagandística parece buscar un múltiple efecto. Por una parte, a base de machacar con medias verdades, que pueden ser válidas para sus *creyentes y devotos*, se procura pasar por convenientes o aceptables disposiciones que a otros avergonzarían, como las tendentes a controlar con *los suyos* todos los poderes del Estado, las que favorecen a sus afines y apoyos

con indultos o reducción de penas por rebelión, sedición, malversación y violencias sexuales, u otras como la Ley *trans*, la de eutanasia, la del aborto,... cuyas supuestas bondades no acierto a encontrar. Por otra, se promete reiteradamente hacer cosas deseables, aunque sean prohibitivas por su coste o dificultad, si bien, como en el caso de la construcción de viviendas, se proyectan, preferentemente, para un futuro que se supone posterior a su presencia en el Gobierno. Y aunque sólo sean promesas, ocurre que, como dicen los granjeros de algunas de sus gallinas, cacarean de tal modo al poner un huevo que parecen haber puesto de verdad una docena.


Con todo, lo más grave es que su *mecachis* puede ser completamente, y conscientemente, falso. No sería ya la primera vez que nos engaña en vísperas de las elecciones. Recordemos que, en las anteriores, prometió, con énfasis propio de un juramento, que no pactaría con Podemos, ni con Bildu, ni con Esquerra,... y a la vista está lo que, además de pactar, ha hecho. Si el engaño se repite, cosa que probablemente no quedará por él, la culpa será esta vez de quienes, despreciando aquella experiencia, se dejen engañar.

---

## Precioso pase de modelo

Bolaños, que paseó muy bien y me recordó a Gisele Bündchen en sus mejores momentos, se deslegitimó a sí mismo haciendo el ganso en Guernica

**Alfonso Ussía** (*El Debate*)

solemne proclamación de «Mister España». Esa seriedad, ese rictus emocionado, esa viandadura elegante, portando un ramo de flores como «representante del Gobierno Legítimo de 1937» de Félix Bolaños en Guernica, me han enternecido. Lo de Guernica estuvo muy mal, efectivamente, y lo de Cabra también, y en una guerra se suceden los hechos más desagradables. Me refiero a Cabra, porque el 7 de noviembre de 1938, sin ser posición de guerra, la aviación soviética-republicana bombardeó la local-



idad cordobesa sin que ésta fuera un objetivo bélico. Y, claro, una presencia de Bolaños en la conmemoración del sangriento bombardeo contra la ciudad egarense, sería también muy de agradecer, sobre todo conociendo su arte y donaire demostrado en la pasarela de Guernica. Así que el señor ministro acudió a Guernica en homenaje como representante del Gobierno legítimo de la República cuando, en una guerra, y eso haría bien en aprenderlo Bolaños, lo de los Gobiernos legítimos es totalmente prescindible.

Y por otra parte, la legitimidad de la Segunda República, con independencia de la reconocida trampa de las elecciones de 1931, se perdió en 1934, cuando el PSOE dio un golpe de Estado contra su amadísima y ya sangrienta República por la victoria de las derechas en las elecciones. En 1934

se fulminó la confusa legitimidad y en 1934 se inició el cumplimiento de todos los trámites exigibles para que estallara una guerra civil. Guerra que tuvo lugar, y en la que fueron derrotadas las izquierdas, no ya republicanas, sino socialistas, comunistas y anarquistas, que se liaron a tiros entre ellos como acostumbran las izquierdas habitualmente. El comunismo soviético fue derrotado por vez primera, y eso no se ha perdonado todavía.

Guernica fue bombardeada por los alemanes, y Cabra por los rusos. Dolorosísimas acciones. No era necesario el pase de modelos de Bolaños portando la cesta floral en nombre del Gobierno Republicano, cuando su cometido actual es la de representar a un Gobierno que, al menos aparentemente, lo hace desgobernando una España que es una Monarquía Parlamentaria según su Constitución. Bolaños, que paseó muy bien y me recordó a Gisele Bündchen en sus mejores momentos, se deslegitimó a sí mismo haciendo el ganso en Guernica. Y todo ello, después de haber desenterrado del Valle de los Caídos a José Antonio Primo de Rivera, de acuerdo a la Ley de la Memoria Democrática, que olvidó que José Antonio fue fusilado en Alicante por orden de Largo Caballero, el socialista ejemplar, sin darle tiempo a ser o no ser franquista. Creo que, en representación del Gobierno de la República de 1936, el bota-



rate de Bolaños haría lo correcto si depositara en el cementerio de San Isidro, que lo tiene más a mano que Guernica, una corona de flores solicitando en nombre de su partido el perdón del vilmente asesinado.

Pero lo importante, lo que me llamó la atención, no fue otra cosa que el alarde de gracia en movimiento, de dolor supremo en el gesto, de agili-

dad en los andares, de concentración en su rostro, de compenetración absoluta con la emoción, como si de una «miss» se tratara, y que tanto complació a Iñigo Urkullu, tan difícil en la emoción. Fui miembro en una ocasión del jurado de Miss España, por culpa de Antonio Mingote, que me metió en el tinglado. Presidía Luis María Ansón. Y durante la entrevista que se le hace a cada aspirante, una «miss» manifestó que deseaba dedicarse a la pintura en el futuro. Y se emocionó al manifestarlo. Se emocionó vivamente por esa tontería. «¿Y cómo pinta usted?», le preguntó Antonio Mingote. Y ella, sin abandonar la emoción ni secar sus lágrimas, respondió: «Más o menos como Velázquez pero con muchísimos más colores». Y rompió en zollos. Y viene a cuento este sucedido, porque aquella emoción de la «miss», que nos contagió a todos, ha ejercido sobre mi sensibilidad lo mismo que la emoción de Bolaños representando al Gobierno «legítimo» de la Segunda República en 1937.

No tengo palabras para explicarlo. Una emoción como la descripción del fado. «O fado é o fado. Nao se define. Sent-se». Pienso en Bolaños y me viene una cosa muy grande y profunda. Y no sigo, porque me puede sobrevenir un patatús o un pipirlete. Ay, Dios Mío...



## Lo que necesitamos es amor

La desaparición del amor es la consecuencia de haber cancelado a Dios, de la gran apostasía pasiva en la que vivimos. Esa es la gran tarea, personal y colectiva, social, cultural y política

### ForumLibertas



olarización, conflictos, enfrentamientos. Mujeres contra hombres, feministas de género contra feministas transgénero. Soledad, angustia ante el futuro. Violencia sexual, cada vez más, con más manadas, y cada vez más adolescentes en manada.

España el país del mundo donde los medios de comunicación mencionan en mayor medida y con diferencia, palabras que significan prejuicios de género (sexismo, sexista, machismo, machista, misoginia y misógino), a pesar de que según todos los datos globales (Naciones Unidas; Our World in Data; OECD; OMS), es la sociedad donde la igualdad es mayor. El hombre visto como amenaza para la mujer, así como hecho genérico. Se multiplican las denuncias por agresión sexual, algo que por una parte de la militancia feminista es celebrado como un éxito, y en ellas crecen sobre todo las cometidas por menores.

El aborto, incluido el eugenésico, como recurso masivo. Más y más mujeres que no quieren tener hijos, pero crece el número de parejas o mujeres solas que aspiran a tenerlo mediante su inseminación artificial o utilizando un vientre de alquiler, un recurso que también utilizan parejas gays para lograr la ansiada paternidad. Hombres transgénero que se quedan embarazados. En todo esto, ¿quién piensa realmente en la vida humana del que ha de nacer, en lugar de buscar la realización de su deseo, por encima de toda otra consideración?

Más esperanza de vida y más años viviendo solos que nunca. Más soledad hasta los últimos momentos de la vida. Más y más personas solas en residencias, no siempre humanamente tratadas. Menos matrimonios, más inestabilidad en las relaciones de las parejas, más rupturas, menos, mucho menos, compromiso fuerte con el otro.



Los pacientes agreden a los sanitarios y a los médicos con mayor frecuencia. Ser vigilante del metro o del ferrocarril

se ha convertido en una profesión de riesgo ante las agresiones de grupos de jóvenes. A la policía cada vez le cuesta más imponer su autoridad solo con su presencia, y con facilidad son agredidos. También lo son en mayor número los padres por parte de los hijos.

Más leyes penales, más castigos, más encarcelados, más juicios y denuncias. ¡Qué progreso!, exclaman algunos. Punición, represión, castigo, liquidación

de la presunción de inocencia, inversión de la carga de la prueba para aplicar solo a los heterosexuales, penas de telediario, jurados no tanto civiles como mediáticos.

La enseñanza, casi toda, pero mayormente la pública, naufraga porque el tiempo de instruir cada vez es menor porque hay que dedicar atención y horas a mantener el buen orden de la clase. Ya no se sabe qué se debe enseñar y cómo. La pornografía se ha apoderado de los jóvenes, y las pantallas crean adictos a mansalva. La enseñanza transformada en ideología del poder del estado, los padres como sospechosos, sin derecho a establecer la educación moral de sus hijos si no coincide con la del poder ¿Y la Constitución, sí establece lo contrario? ¡Qué cuestionamiento tan estúpido! La Constitución solo está para dar la razón al poder. ¡Pero que os habéis pensado atajo de disidentes! El Tribunal Constitucional ya os pondrá en vereda.

Pero, ¿qué estáis haciendo? No veis la evidencia de que una sociedad no puede funcionar bajo todas aquellas lacras. Que la vida de cada uno será; ya lo es, más infeliz bajo todas aquellas condiciones, donde lo que está mal se quiere imponer como norma y rechazar el bien de siempre. La compañía, el



respeto, el ponerse en el lugar del otro, el querer para él lo que tú quieres para ti, el presuponer su buena voluntad, el compromiso, el deber... El amor.

No lo entendéis, ¿verdad?

No entendéis que la causa de todo este sufrimiento, angustia, inseguridad, in-

certidumbre, conflicto, agresión, soledad, nace del individualismo del deseo llevado a sus últimas consecuencias, sin cauces ni límites, que destruye toda posibilidad de amar, porque el amor es sobre todo donación y, como mucho, confianza en la reciprocidad. Sin la previa del dar no puede existir. La realización del deseo se confunde con la realización personal.

¿Cómo se va a mantener una sociedad bajo estas premisas? ¿Cómo se van a mantener los vínculos, compromisos, obligaciones, si están sometidos al solo imperio del deseo?

Porque, si la causa de todos nuestros males surge del árbol del deseo, la raíz se encuentra en la destrucción del amor. Peor todavía, en la pérdida de sentido de la palabra, cada vez más reducida a una práctica sexual, y eso cuando no es considerado un producto tóxico. Porque el amor lo han convertido en el gran sospechoso y el feminismo de género incluso ha proscrito el amor romántico.

El amor, el vínculo fuerte que nos hace humanos. El amor paciente, servicial; sin envidia, sin alardes ni vanidades, que nunca procede con bajeza, no busca

su propio interés, no se irrita, ni tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia y se regocija con la verdad. El amor, que todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor tal y como lo define san Pablo (1 Co 13, 1-13) es la base de toda nuestra cultura y de toda nuestra civilización nacida del cristianismo. Porque Dios es amor.

El amor que con tanto acierto los antiguos griegos designaban en función de su especificidad con diversos nombres, agape, filia, eros, storge. La etimología acostumbra a revelarnos las verdades ocultas del sentido. En nuestro caso, la raíz latina proclama que amor significa «vivir sin muerte», y esta razón lingüística expresa la esencia del hecho cristiano realizado en Cristo. También procede del nombre amma, que los niños utilizaban para llamar a su madre.



El amor es común a páginas y páginas de la mejor literatura mundial y esto quiere decir que es una constante de la humanidad, que llena la música y todo tipo de manifestaciones artísticas.

¡Pero ay! En nuestros tiempos el amor sigue proscrito en el campo del conocimiento. No existe para la política, a pesar de que en teoría trata del bien común, ni para la economía y entonces nunca puede aportar bienestar para todos, ni para la sociología, a pesar de que conoce bien algunos de sus efectos inducidos, como la existencia del capital social. El amor, en todo caso, está reducido a la psicología y a la psiquiatría, y más bien en aquellas manifestaciones patológicas; en lo que pueden tener de negativo; es decir cuando no es amor.

Este es el problema radical, el que está en la raíz de todo lo que nos está destruyendo, como personas y como sociedad, a pesar del desarrollo científico, tecnológico, económico, en un proceso que parece imparable.

Recuperar la plenitud del sentido del amor, situarlo en el centro de nuestra vida colectiva, también de la política y de la economía, sabiendo traducir sus categorías a estas aplicaciones. Esa es la respuesta necesaria para un tiempo que nos está rompiendo.

Esta es también la gran tarea cristiana, la de situar el amor en términos reales, efectivos, operativos, también como práctica, es decir, como ejercicio virtuoso en medio de nuestras vidas y en todas sus dimensiones, sin ninguna exclusión, situando a Dios, fuente de todo amor, en este mismo centro. Porque, ¿no es evidente? La desaparición del amor es la consecuencia de haber cancelado a Dios, de la gran apostasía pasiva en la que vivimos. Esa es la gran tarea, personal, colectiva, social, cultural y política.

## España y sus élites empresariales

Jesús Camacho (*Vozpópuli*)

**J**ohn de Zulueta tomó posesión como presidente del Círculo de Empresarios en marzo de 2018, apenas 3 meses antes de que en el Congreso de los Diputados una moción de censura apeara del Gobierno a Mariano Rajoy para entronizar en su lugar a Pedro Sánchez. «Yo me propuse darle los tradicionales 100 días de gracia antes de emitir opinión, porque allí había gente como Nadia Calviño que parecía el fiel de la balanza, la norma de cordura capaz de templar las peores pulsiones del personaje y sus socios. Pero todo fue en vano. Enseguida me di cuenta de que no había nada que hacer. Nada bueno que esperar. Y desde el Círculo empezamos a llamar a las cosas por su nombre y a avisar de lo que podía pasar. La sorpresa fue que lo que



decíamos empezó a poner muy nerviosos a algunos grandes empresarios del IBEX 35. “Tranquilo, no hagas ruido”, me decían. No tardé en advertir que muchos de ellos estaban enganchados a las promesas que iban llegando de Europa en forma de lluvia de dinero regalado, los famosos fondos Next Generation UE, y

ahí han permanecido, en la esperanza de sacar tajada, observando los destrozos en silencio, sin hacer ruido».

De Zulueta, que dejó su cargo en el Círculo en marzo de 2021, acaba de publicar *España fallida*, una obra cuyo subtítulo lo dice casi todo: «Cómo el fracaso de las élites ha convertido a España en un país irrelevante». Porque eso es hoy España, un país irrelevante, presidido por un personaje al que festejan en Bruselas como un tipo simpático que, además de hablar buen inglés, no crea problemas, no da disgustos, es un chico bien mandado al que, a cambio, la Comisión colma de dinero «gratis total» para que el chaval pueda presumir en España y regar con todo tipo de subvenciones a cada vez mayor número de colectivos. Dice Zulueta una de esas verdades que hoy asumirían sin pestañear una parte muy importante de la ciudadanía: que el de Sánchez es «el peor Gobierno de la democracia», lo cual ya es decir después de Gobiernos tan infames como los de Rajoy y, peor aún, de Zapatero, un tipo al que la manzanza del 11-M llevó en volandas al poder. Pronto se cumplirán 20 años desde aquel dramático 2004 que cambió para siempre el rumbo de España. Veinte años con España empantanada, 20 años en los que no ha mejorado la renta per cápita de los españoles, 20 años perdidos, pero 20 años de un deterioro institucional constante, coronado por el tsunami legislativo del último cuatrienio que ha convertido este país en un manicomio izquierdista, un campo de pruebas para todo tipo de ideologías basura de nuevo cuño.

Es este un Gobierno que no cree en la economía de mercado y que se halla en las antípodas de lo que los anglosajones llaman «business friendly» o esa disposición del poder político para hacer realidad un marco legislativo y fiscal que anime el emprendimiento y favorezca la creación de riqueza y empleo. Esa cierta aprehensión que el español medio ha sentido a lo largo de la historia hacia la actividad mercantil, en general, y la riqueza, en particular, ha adquirido con este Gobierno categoría de religión. Los empresarios son individuos dignos de toda sospecha, en el mejor de los casos, a los que hay que atar en corto con todo tipo de regulaciones, trabas e impuestos. Tipos sospechosos cuando no abiertos delincuentes, a los que hay que amenazar con las penas del infierno. Mandan los sindicatos, rige la dictadura sindical mantenida con dinero público. Leído estos días: «Pepe Álvarez, UGT, advierte a la CEOE por el reparto de la riqueza: o hay acuerdo o habrá conflicto». Hay que repartir «la mucha riqueza (sic) que se está creando en España». Y es el Estado el que debe encargarse de la tarea. Y si Amancio Ortega hace una donación millonaria para dotar a los hospitales públicos de costosas máquinas modernas, esa donación debe rechazarse porque aquí las máquinas las compra el



Estado, las ayudas solo las puede prestar el Estado, todos debemos adorar al Estado, convertirnos en humildes siervos de un Estado omnipotente, capaz de dirigir nuestras vidas desde la cuna a la tumba.

En la España que se muere de sed, el diluvio, más bien

pedrisco, de las nuevas regulaciones e impuestos parece no tener fin. Las grandes empresas pueden con todo tipo de tropelías; las pequeñas y medianas se ahogan en el sin sentido de esta barahúnda legal infernal. ¿Resultado? Muchos pequeños y medianos empresarios están liquidando sus negocios «porque no merece la pena», expresión casi general, «soportar tanto acoso». Lo sorprendente del caso español, lo verdaderamente llamativo para De Zulueta y para cualquier hombre de negocios que siga la peripecia española desde el exterior, es el silencio cómplice de nuestra elite empresarial, la cobardía congénita de los grandes empresarios y financieros hispanos, su negativa a alzar la voz cuando el Gobierno de turno comete algún tipo de atentado contra el libre mercado, la libertad de emprendimiento o incluso la propiedad privada, algo sobre lo que quien esto suscribe lleva escribiendo desde finales de los ochenta.

Ese pánico a significarse y hablar, a criticar al Gobierno, es quizá la manifestación más evidente de ese cáncer que corroe desde el principio a nuestra democracia: el miedo a la libertad del español medio, la falta de contrapesos, los «checks and balances» anglosajones y, en definitiva, la ausencia de una efectiva separación de poderes. Sí, es verdad que el nuestro ha sido un capitalismo de amiguetes (en particular el «capitalismo cañí» madrileño), siempre

pegado a las faldas de Estado, vale decir del Ejecutivo de turno que es quien maneja la tarifa regulada y quien cada día imprime ese arma de destrucción masiva llamada BOE. Pero eso no explica en toda su dimensión la falta de espíritu crítico, esa querencia a la servidumbre voluntaria que siempre han mostrado unos «ricos» dispuestos a tragar las ruedas de molino servidas por Moncloa. Hasta hace muy poco tiempo, nuestros empresarios de guardia, sus nombres son de sobra conocidos, se han mostrado de lo más solícitos a la hora de acudir en tropel a cualquier tipo de acto propagandístico para el que eran convocados por Sánchez o sus chambelanes, actos que el granuja aprovechaba para pavonearse y nadar en incienso.

Hasta ahora. Porque ahora nuestro valiente empresariado camina cabizbajo y francamente escandalizado tras el episodio Ferroviario, o el ataque ad personam de Moncloa contra un empresario, Rafael del Pino, y su familia, por el hecho de haber alentado el cambio de sede social de la multinacional de la que son principales accionistas. Ha sido la respuesta del «no hay cojones para hacerme eso a mí», que dicen que dijo Sánchez cuando se enteró del asunto. Un comportamiento típicamente mafioso, y una reedición del «no hay cojones para negarme a mí una televisión» que largó en célebre ocasión Jesús Polanco, dueño del grupo Prisa. Es la «democracia testicular» española, un modelo en el que seguramente no reparó Tocqueville cuando escribió su *Democracia en América*. Todo fue como la seda en las dos primeras entrevistas que



Del Pino mantuvo con sendas ministras para informarles del movimiento, pero todo se torció cuando alguien recitó al oído del pequeño sátrapa que ese era un feo que el Gobierno de «uno de los principales países y potencias del mundo» (ex alcaldesa de Puertollano, actual ministra Portavoz) no podía

consentir. Al WhatsApp de Rafael del Pino han llegado apoyos explícitos, la mayoría de ellos muy duros con Sánchez, algunos terribles, pero nadie ha osado significarse defendiéndole en público. Miedo.

¿Cómo podría explicarse que ningún gran empresario o banquero se haya atrevido a censurar esa salvajada que, en términos de sostenibilidad del sistema, supone la indexación de la subida de las pensiones con el IPC? Miedo a ser apuntado en la lista negra de un Gobierno populista que no se para en barras. Miedo ante la inseguridad jurídica que se ha instalado en este país, en apariencia para quedarse. Un miedo que proyecta su sombra alargada sobre el futuro de España, porque España está condenada a la irrelevancia y, lo que es peor, a la pobreza, sin una potente clase empresarial dispuesta a decir la verdad cuando sea menester y exigir del Gobierno transparencia y neutralidad política. Escribía esta semana Tom Burns en *Expansión*: «No habrá una verdadera democracia, entiéndase una sociedad civil robusta, ni progreso ni

prosperidad si el gobierno demoniza a los empresarios por ser unos sanguinarias que fuman puros y la comunidad empresarial española no levanta la voz».

¿España fallida? Nadie puede negar las cotas de progreso alcanzadas por España desde la muerte de Franco a esta parte, fundamentalmente desde el punto de vista material. Pero es también verdad que la curva de mejora se ha detenido y amenaza con caer en picado si la ciudadanía no reacciona. El riesgo de «argentinización» acelerada es más que evidente, en lo económico, si Sánchez («El Estado debe regular la actividad de las empresas, evitar que se produzcan abusos, corregir los fallos que tiene el mercado», este mismo martes en el Senado) siguiera cuatro años más, por no hablar del daño que, en lo político, supondrían para la nación los peajes a pagar a comunistas, separatistas y bildutarras, sin los cuales jamás podría volver a formar Gobierno. ¿España fallida? No necesariamente. Ahí está el ejemplo de Irlanda, un país pobre de solemnidad, sin recursos naturales, cuya renta per cápita alcanzó los 98.260 euros en 2022, frente a los 27.870 españoles, tres veces y media menos, no obstante haber registrado niveles parejos de riqueza en los noventa. Ningún milagro. Simplemente desregular la economía y reducir drásticamente el peso del Estado. Escapar de las garras de la izquierda. Exigir buenas políticas continuadas en el tiempo y huir de los malos Gobiernos. No permitir la llegada al poder de los enemigos de la libertad.

---